El manjar inmundo
(de Javier Quevedo Puchal)

Pily Barba

Conozco la prosa de **Javier Quevedo Puchal** al dedillo, no obstante, reconozco que cuando llevo un tiempo sin acercarme a ella, me doy cuenta de que siempre olvido precisamente las dimensiones de ese placer que termina proporcionándome. Y me sucede lo mismo constantemente: con **Javier Quevedo Puchal**, siempre me sucede. Aun cuando sé que aquello que venga a contarme me empujará fácilmente a la peor visión del ser humano; que sea lo que sea lo que tenga entre manos, no se limitará únicamente a desarrollar esa vertiente aparente y facilona del terror, aun así, sigue impresionándome. Incluso después de haber leído su modesta presentación, dándome a entender que aquí, en ***El manjar Inmundo***, él es uno más ofreciéndonos de la mejor manera posible sus nuevas reinterpretaciones de «ciertos cuentos de hadas», insisto, aun así, aunque casi me engañó, ha seguido impresionándome.

Eso sí, a pesar de tanto conocimiento sobre el trabajo de este autor, y de tanto bla, bla, bla rimbombante sobre lo bien que lo hace, reconozco que tampoco pensé que fuera a emocionarme como lo he hecho; no creí que me enganchase, literalmente, a un volumen que, por otra parte, es de lo más curioso: ***El manjar inmundo***, por si no lo habíais pillado, es una antología de cuentos clásicos pero dados totalmente la vuelta. ¿Qué quiere decir esto? Pues que el autor se acerca a clásicos que todos conocemos… pero solo se acerca: toma prestados algunos ingredientes imprescindibles de cada cuento —os lo aseguro, los absolutamente imprescindibles—, y con ellos construye un nuevo clásico que hace palidecer a los anteriormente conocidos. Jamás pensé que una empresa tan, aparentemente, poco imaginativa, pudiera dejarme así de traspuesta. Y es que además de la extraña re-visitación de estos nuevos clásicos, ***El manjar inmundo*** siempre nos habla de víctimas y de verdugos; de almas atormentadas y de cerebros convertidos en auténticos desechos; de bestias ya más que populares en nuestro acervo… Qué sé yo… habla de tantas cosas que todos conocemos, pero dadas una y mil vueltas y revueltas a través de la oscuridad más extrema; del terror más puro pero también de una

belleza tan exquisita, que no sé muy bien cómo seguir describiéndolo sin entrar en detalles. Me resulta imposible hacerlo más y mejor.

Y ahora, si me dieran a elegir de entre toda esta locura imaginativa, de entre todos los mitos que derrumba a golpe de otras leyendas que yo, personalmente, no había oído (me refiero a las leyendas oscuras que ya circundaban anteriormente a los clásicos), no sabría muy bien con cuál quedarme. Reconozco que todos sus cuentos me han resultado absolutamente deliciosos, maliciosamente imaginativos, pasados grotesca e inteligentemente de rosca. Y es que, aunque persigamos los retorcidos pasos de cierto flautista (que quizá sí, este sea el relato menos afortunado); aunque compartamos caperuzas, suspiremos por ciertas féminas dormidas, y un larguísimo e intrincado etcétera, sea como fuere no dejaremos de sufrir con todos ellos; porque ni abuelos, ni padres, ni hijos, descansan: nadie es lo suficiente puro o inocente, o tal vez, en todo caso, únicamente lo sea el lector.

Por último, para terminar de describir someramente toda esta redondez que es ***El manjar inmundo***, darle un sonoro e imaginativo aplauso a esa excelente y divertida presentación de otros dos grandes del género: **Santiago Eximeno** y **David Jasso**, con bromita personal incluida. ¡Gracias! A los tres, gracias.